

PEREA YÉBENES, Sabino: *Estampas del cristianismo antiguo*. Sevilla: Padilla Editores, 2004, 251 pp. ISBN: 84-8834-272-7.

No resulta fácil delinear con exactitud los rasgos que definen esta sugerente obra del profesor Perea Yébenes. Quizás sea su acertado título el que mejor se ajuste a su contenido, pues nos hallamos, en efecto, ante diferentes y particulares «estampas» o visiones de algunos aspectos esenciales de los orígenes del cristianismo. Si bien es cierto que algunas de estas estampas no suponen más que un acercamiento o introducción a problemas que exigirían un mayor desarrollo (al que, en absoluto, aspira el autor en esta obra), otras responden a un análisis más profundo no exento de valiosas aportaciones. Sin duda, son estas últimas las que justifican la presente recensión.

El libro comienza con un atrayente capítulo que lleva por título «El decoro de la mujer cristiana en la Iglesia primitiva» (pp. 7-30), en el que el autor estudia la evolución del lugar ocupado por el elemento femenino en las primeras comunidades cristianas. Si hasta el siglo II descubrimos la existencia de mujeres «proféticas» y *didáscalas* (es decir, enseñantes del Evangelio y la doctrina) en el seno de la Iglesia, a partir de entonces sólo serían acogidas en iglesias heréticas como la montanista. La teología misógina defendida por autores como Tertuliano y Clemente de Alejandría asignará a la mujer cristiana un único cometido: la procreación dentro del matrimonio. Con todo, la abstinencia sexual y la virginidad terminarían por convertirse en los ideales más sublimes de la mujer piadosa, superiores al propio matrimonio, e incluso, componentes esenciales de éste (pp. 20-22).

La frecuente identificación entre la imagen de Cristo-Orfeo con la figura del Buen Pastor (pp. 31-43) fue consecuencia, según demuestra convincentemente Perea Yébenes, de la teologización de elementos paganos de

origen bucólico y pastoril que fueron incorporados a la iconografía cristiana a partir del siglo III. La adaptación e intercambio de rasgos culturales propiamente paganos y cristianos fue muy habitual durante los primeros siglos del Imperio romano. «Dichas interferencias –afirma el autor– son patentes en las inscripciones, vehículo artístico e ideológico, que muestran a veces signos, símbolos y estructuras sintácticas epigráficas comunes» (p. 99). Por ello, tal y como resalta S. Perea Yébenes, no existe una epigrafía propiamente cristiana, aunque sí cristianos con anterioridad al siglo IV (p. 105).

A la desmitificación de una falsa polémica en torno al supuesto «enfrentamiento» entre Mithra y Cristo, el autor dedica una atención especial, al igual que a la aportación de la apocalíptica judía, nacida en el libro de Daniel, al cristianismo. Ahora bien, resulta controvertida la suposición de que la autoría del Apocalipsis (un libro, en efecto, claramente antirromano y místico) tuvo que deberse necesariamente a un personaje joven, quizás a un discípulo o hijo de Juan el Evangelista (pp. 81-82). En opinión de A. Piñero, podemos distinguir en el libro diversos estratos de redacción procedentes de manos diversas («Elementos apocalípticos en el Nuevo Testamento», en A. Piñero, ed., *Orígenes del cristianismo. Antecedentes y primeros pasos*, Córdoba/Madrid, 1991, p. 213). Es cierto, sin embargo, que la venida del Mesías aparece en este último escrito neotestamentario teñida de fuertes sentimientos nacionalistas y antirromanos (cf. A. Piñero, *loc. cit.*, p. 215 y J. Montserrat Torrents, *La sinagoga cristiana. El gran conflicto religioso del siglo I*, Barcelona, 1989, pp. 174-175).

Especial interés despierta el capítulo dedicado a «Los oráculos sibilinos y el cristianismo primitivo» (pp. 93-98), por cuanto supone un acercamiento muy esclarecedor a una colección de escritos que, a pesar de su origen pagano, contiene abundantes interpolaciones judaicas y cristianas (muy

claras estas últimas en el libro XIII). La «apropiación» cristiana de estos escritos, sometidos a una *interpretatio* particular, revela la existencia de un sustrato de pensamiento cristiano que trató de armonizar la «nueva doctrina» con la herencia recibida y transformada del mundo pagano (son también muy sugerentes las páginas que dedica a este particular A. Momigliano, *De paganos, judíos y cristianos*, trad. S. Mastrangelo, México, 1992, pp. 193-194 y 229-233).

El largo capítulo dedicado a «Los suplicios de los mártires cristianos de Roma según las inscripciones suburbanas» (pp. 109-149) supone un laborioso intento de establecer un paralelismo, en verdad existente en la mayoría de los casos, entre las torturas descritas por las fuentes literarias cristianas y las reflejadas en las fuentes epigráficas. Ahora bien, la mayoría de los relatos hagiográficos, reelaborados en muchos casos por historiadores de la Iglesia como Eusebio de Cesarea, no son tan fiables como para concederles absoluta credibilidad, y la dimensión «edificante» (y propagandística) de la epigrafía martirial cristiana puede desvirtuar nuestra percepción histórica. Así, por ejemplo, se ha de admitir como cierto que las figuras de Pedro y Pablo sirvieron como modelos simbólicos para los mártires romanos (pp. 109-110), pero hemos de interrogarnos si su presencia en la capital del Imperio fue cierta o supuesta. Las últimas investigaciones al respecto se inclinan por esta última posibilidad. Si atendemos al caso de Pedro, el testimonio más antiguo que menciona su presencia en Roma lo constituye Dionisio de Corinto, una fuente que resulta sospechosa por varias razones: sus informaciones proceden aproximadamente del año 170; se trata de un obispo que se encuentra muy alejado de Roma y además afirma que Pedro y Pablo no sólo fundaron conjuntamente la Iglesia de Roma, sino también la de Corinto, aspecto este último que contradice el propio testimonio de Pablo (cf. Eusebio de Cesarea, *Hist. eccl.*, II,

25, 8 y IV, 23, 9-10; *1 Cor* 3, 6-7 y 4, 15). Por otro lado, el obispo mártir Ignacio, del siglo II, no hace mención de la muerte de Pedro bajo Nerón en Roma, un silencio que resulta muy significativo.

En «Los cristianos y el Imperio romano: algunos aspectos económicos» (pp. 151-179) nos hallamos, sin duda, ante un fino análisis de la evolución de la capacidad económica de la Iglesia, desde los tiempos en que se vio afectada por las medidas decretadas por los emperadores que trataron de arrebatar su patrimonio y sus fuentes de financiación, hasta la época en que se benefició de fabulosos privilegios legales y se nutrió, por diferentes procedimientos, de innumerables recursos económicos. S. Perea Yébenes afirma que a lo largo de los siglos IV y V «la donación de inmensas posesiones a la Iglesia hacía que su jefe máximo, el papa, pudiera rivalizar con el propio emperador en cantidad de todo tipo de bienes» (p. 173). Pero no sólo el obispo de Roma. Alejandría, Antioquía, Constantinopla y otras grandes sedes episcopales contaron con una prosperidad económica realmente notable. De hecho, no parece que, en riqueza y autoridad, Roma se distanciase mucho respecto a las otras «iglesias apostólicas». Quizás sea algo precipitado afirmar que «el obispo de Roma encarna el ideal monárquico de dominio espiritual al que se someten todas las iglesias del orbe cristiano» (p. 171). El largo y tortuoso camino que siguió la iglesia romana hasta alzarse con el primado del papa no permite afirmaciones tajantes respecto a la autoridad de la sede de Roma sobre el resto de las iglesias, y aún menos de las orientales. Ni siquiera resulta apropiado aplicar el término «papa» para referirse al obispo de Roma con anterioridad al siglo V. El reconocimiento de la *potestas* romana sobre la Iglesia universal no se produjo claramente hasta León Magno (440-461) y, aun así, de manera muy imperfecta, como pudo comprobarse con sus sucesores. Incluso Gregorio Magno (590-604) fue

reacio a aceptar el título de «papa universal» (M. Sotomayor, «El rechazo del título de “papa universal” por parte de Gregorio Magno», en M. Sotomayor, *Discípulos de la historia. Estudios sobre cristianismo*, Granada, 2002, pp. 119-149. Sobre el particular, *vid.* además K. Schatz, *El primado del papa. Su historia desde los orígenes hasta nuestros días*, trad. J. S. Madrigal, Santander, 1996, y especialmente V. Fábrega Escatllar, *La herejía vaticana*, Madrid, 1996).

El penúltimo capítulo, «Los eunucos de Dios» (pp. 189-201) centra su atención en un aspecto que, en determinadas épocas, levantó agrias polémicas dentro del cristianismo: el eunuquismo. Aunque en un principio no fue considerado incompatible con la religión cristiana (Justino, Orígenes, Sexto), a partir del siglo III fue despreciado como una conducta aberrante. Es innegable que en los siglos IV y V los eunucos tuvieron acceso a altos títulos y distinguidos cargos al lado del emperador, pero como afirma Perea Yébenes, «en el ámbito de la religión cristiana el papel de los eunucos era mucho menos relevante que en la corte. Si bien es cierto que se elogiaba a aquél –eunuco o no– que renunciaba a sus bienes en favor de la Iglesia, igualmente cierto es que la figura del eunuco en sí misma causaba cierta repulsión» (p. 198). De hecho, el Concilio de Nicea (325) condenó la castración e impidió la ordenación sacerdotal a los eunucos (p. 200).

Este apasionante libro culmina con un significativo estudio sobre las dificultades que la jerarquía eclesiástica tenía para imponer su autoridad en determinadas zonas rurales. Tomando como objeto de análisis un caso particular, susceptible de una legítima amplificación, el autor pone de manifiesto la impotencia de muchos obispos para imponer su control sobre un bajo clero que, en muchas ocasiones, apenas contaba con una mínima formación doctrinal, «prefiriendo en algún caso imponer una pena suave –o una reprimenda– a que un área

determinada se quedara sin evangelización o sin asistencia religiosa para los laicos, aunque ésta fuera de escasa calidad» (p. 211).

Raúl González Salinero

LIZZI TESTA, Rita: *Senatori, popolo, papi. Il governo di Roma al tempo dei Valentiniani*. Munera 21. Bari: Edipuglia, 2004, 530 pp. ISBN: 88-7228-392-2.

La obra de Amiano Marcelino es, indiscutiblemente, una de las fuentes literarias más importantes y utilizadas para el estudio del siglo IV. A pesar de los numerosos trabajos realizados hasta ahora, un análisis pormenorizado de aquellos pasajes más complejos puede aún sorprendernos al arrojar cierta luz sobre aspectos políticos, sociales, económicos, culturales e, incluso, eclesiásticos de la Historia de Roma.

Éste ha sido el caso del capítulo XXVIII. 1-57. Gracias a la labor investigadora de Rita Lizzi Testa el texto donde se narran los procesos jurídicos sufridos por el *ordo senatorius* llevados a cabo por el prefecto de la *annona*, Maximino, y que sirvió para que A. Alföldi formulase su teoría de la animadversión de Valentiniano I hacia el grupo senatorial, frente a un favorecimiento y promoción de funcionarios panonios, se ha visto superada tras el trabajo de la historiadora italiana al tiempo que se han abierto nuevos campos de investigación.

Podríamos decir que tomando como pretexto este pasaje la autora ha llevado a cabo no sólo un esclarecimiento de la enmarañada trama argumental del relato amiano, repleto de acontecimientos y alusiones de individuos que se dilatan en una decena de años, sino que nos ha desvelado como ella misma afirma (p. 456) «i più svariate campi di ricerca: dai meccanismi di formazione delle leggi ai sistema di produzione della malta edile; dalla vita delle corporazioni di mestiere alle riforme di titolatura e